

LAS CARTAS DE SIMÓN



B. B. CASTRO



Prólogo

Para dormir no necesitaba ningún tipo de medicamento, solo cerraba los ojos y caía rendida en un profundo sueño que duraba exactamente ocho horas. Según ella, su truco era mantener una rutina activa y la conciencia tranquila, ya que se entregaba en cuerpo y alma en cada actividad que hacía. Tenía problemas, como todos, pero solo los analizaba por la mañana, después de un sustancioso desayuno. Había comprobado que la organización transformaba a los gigantes en enanos, y al fin del mundo en un nuevo comienzo. Con calma y con el estómago lleno, sacaba su libreta de soluciones y apuntaba las opciones que se le ocurrían para resolver los inconvenientes que se le iban presentando. Por la mañana pensaba mejor, así había entrenado a su cerebro durante años. Con las horas marcadas para los problemas, le quedaba el resto del día para ejecutar las posibles soluciones y, sobre todo, para disfrutar. Su fórmula no fallaba nunca. Cada hora era para lo que era. Pero en la mitad de una noche de marzo, con ochenta y siete años cumplidos, se despertó con una extraña, difusa y confusa sensación que la entristeció de manera inexplicable. Aquella tristeza provenía de lo más profundo de su ser y la desveló con los recuerdos más lejanos de su vida. A medida que

pasaron las horas, la sensación extraña tuvo sentido, lo difuso se fue aclarando como el cielo de la mañana y, por fin, lo comprendió. Solo unos pocos llegan a saberlo antes de que suceda y ella era una de esas personas. No había ninguna causa, no se trataba de una consecuencia, no existía razón lógica que pudiera explicar lo que sentía en ese momento; sin embargo, lo supo. Su cuerpo no era el mismo que el del día anterior, se sentía débil y su aliento se agotaba. Su existencia se precipitaba hacia un vacío inexorable. Supuso que le quedaba poco tiempo, unas pocas semanas, tal vez menos. No estaba enferma ni lo había estado, pero era cuestión de que «algo» insignificante desencadenara la hecatombe que la empujaría al triste desenlace. Lo presintió. Agradeció que todo fuera de esa manera: a su edad, con tiempo para despedirse y sin pausa para ver sufrir a los suyos. Se alegró de poder apreciar el cielo celeste desde la ventana de su habitación sin aquellas grises nubes que lo habían ocultado durante el largo y frío invierno que se rendía ante la primavera. Se lo tomó como un detalle para ella, su regalo de consuelo. Y, por saberlo, suspiró al ver en el fondo del jardín a aquel hermoso árbol, testigo mudo de secretos y confesiones, cuya copa comenzaba a poblarse de tiernas hojas. Los primeros rayos de sol acariciaban la hierba y, con el paso de las horas, la teñía de un vivo verde.

Por primera vez en ese año, la primavera se pronunciaba. Aquella mañana había sido elegida para que una estación terminara y otra comenzara. A veces, el cambio se producía antes de tiempo, otras veces, más tarde; pero siempre llegaba el momento en el que un periodo daba lugar a otro. Sara se sintió como el vencido invierno y se apiadó de él.

No se quejó. Aún se sentía joven, pero no se lamentó. Sin embargo, se inquietó al pensar en que no estaría nunca más en su casa, ni se asomaría por esa ventana, ni contemplaría a su bello árbol. Le resultó imposible controlar las lágrimas al pensar en los

«nunca más» que desfilaban por su cabeza. Comprendió que algo debía hacer o se hundiría por completo y comenzó a escribirle una carta. Quizás por diversión, o por propio consuelo, decidió romper la barrera de lo imposible y hablarle cuando su existencia no fuera más que un recuerdo. Pero, sobre todo, Sara le escribió para que él pudiera sentir la gran tristeza que la invadía por tener que despedirse sin querer partir. Guardó su carta en un sobre en el que, con letra temblorosa y frágil, escribió: «Mi última carta». Con los brazos fortalecidos por la emoción de su travesura, depositó el sobre dentro de la caja de las bailarinas que no había abierto durante varias décadas porque nunca más se escribieron. Metió la caja dentro de una bolsa de plástico para protegerla de la humedad y la enterró en el mismo lugar de siempre. Cuando finalizó, regresó a su habitación y rescató del fondo de un armario sus antiguos cuadernos. Los envolvió con un papel de regalo y escribió la siguiente nota:

Mi querido amor:

El primero de agosto una carta te estará esperando.

Estoy segura de que sabrás dónde buscar.

Mientras aguardas ese día, te obsequio mis cuadernos privados para que leas lo que escribí en los momentos más tristes de mi vida: cuando me alejaba de ti.

Firma: Sara

PRIMERA PARTE
AÑO 1990



Mi padre, cuando se despidió, se había quedado con la misma cara de dolor que uno pone cuando se le retuerce el estómago. Era la primera vez que viajaba sola y todos estábamos muy nerviosos porque tenía que subir a un avión repleto de desconocidos con tan solo ocho años. Mi padre me había hecho creer que era posible que me perdiera en el aeropuerto de Mallorca si me separaba de la azafata, o que desapareciera inexplicablemente a diez mil metros de altura si me movía de mi asiento, o que el avión se estrellara en medio del Mediterráneo si jugaba con los botones del techo. Estaban nerviosos porque yo era muy pequeña. Había una explicación para eso. Por una parte, era hija única, lo que descartaba a un hermano que me destronara del rol de la pequeña de la casa. Por otro lado, mi tamaño no ayudaba a cambiar esa situación. Había cumplido ocho años, pero por mi complexión menuda aparentaba tres años menos. Vestía la talla seis y calzaba apenas la treinta. Como si eso fuera poco, también mi aspecto me hacía parecer frágil. Tenía el cabello largo y rubio, como finos hilos de sol, que enmarcaban un pálido rostro en el que destacaba una tímida, muy tímida, mirada azul. Parecía una hermosa princesa sacada de un cuento de hadas a la que había que proteger de

cualquier mal, costase lo que costase. Era delicada y bella como una flor: siempre acicalada, callada y obediente, a la merced de lo que acontecía a mi alrededor. Y, bajo las órdenes de mis padres, una mañana de julio viajé a Mallorca.

Con un corto vestido de algodón rosa, sandalias blancas, una mochila lila y un cuaderno de hojas lisas que solía llevar siempre en mis manos, aguardé hasta que todos los pasajeros descendieron del avión. Algunos, sobre todo las mujeres, cuando pasaron por mi lado me sonrieron. Por educación, devolví el gesto. Allí no había nadie que me dijera lo que debía hacer. Estaba sola con todo lo aprendido en los años anteriores. Era mi propia responsabilidad y me sentía capaz de distinguir lo que estaba bien de lo que estaba mal, como cuando me ofrecieron una bebida en la mitad del vuelo y decidí beber agua para que los refrescos no me produjeran incómodos gases en el estómago; o como cuando se encendió la luz de la señal para que los pasajeros nos ajustáramos los cinturones de seguridad y lo hice de inmediato, sin que las amables azafatas de vuelo tuvieran que advertirme o ayudarme a abrocharlos. Estaba segura de que si mi madre me hubiera visto, habría estado orgullosa de mi comportamiento, y mi padre podría superar el miedo que sentía por tener que enviarme de viaje completamente sola por primera vez.

Mi familia gozaba de estabilidad económica y de buena salud. Mi padre decía que debíamos estar agradecidos, no cualquiera tenía lo que nosotros ni le podían dar a sus hijos los mismos caprichos que a mí. Por eso, yo era una niña alegre, bien educada y muy agradecida. Asistía a un colegio de monjas y completaba mi formación con clases de piano y de *ballet*. Tocar el piano me encantaba, pero el *ballet* nunca me había llegado a seducir lo suficiente como para disfrutarlo. Seguía asistiendo a clases solo por ver la mirada de orgullo de mi padre cada vez que me veía entrar en la academia. Si me hubieran dado a elegir, lo habría abando-

nado ese mismo día, sin embargo, no me preguntaban y, por lo tanto, no tenía más remedio que continuar yendo a esas tediosas clases. Aun así, lo hacía muy bien y todos me querían. No existía razón para que una niña como yo no pudiera coger el mundo entre sus manos y hacer de él lo que quisiera. Mis padres lo sabían y me lo repetían sin cesar. Mi madre me miraba como si estuviera observando un sueño abandonado en el pasado. Me invadía su nostalgia. Mi padre sacaba cuentas y guardaba dinero para mi futuro. Él no me daba explicaciones de los planes que tenía para mí —porque en su cabeza ya tenía mi vida resuelta—. Solo me marcaba el camino y me exigía compromiso y perfección, y yo satisfacía ambos con las buenas notas que obtenía. Mi padre me idolatraba. Yo era su perfecto y gran tesoro.

La azafata bajó mi maleta roja del compartimento para equipaje de mano y me condujo por largos pasillos hasta la salida, donde me esperaba mi abuela, a quien todos llamábamos Nina. Estaba tan feliz por el reencuentro que, en cuanto la vi, me lancé a sus brazos.

—Sara es una niña adorable. Me ha contado que es la primera vez que viaja sola en un avión —comentó la azafata al comprobar la documentación que mi abuela le había entregado para acreditar que era la persona autorizada para recogerme.

—Sí, sola es la primera vez —confirmó mi abuela sujetando mis manos entre las suyas—. Es una niña valiente y obediente. Estábamos ansiosos por su llegada, han pasado algunos años desde su última visita. Aquí tiene buenos amigos.

Me extrañó el comentario de mi abuela porque no recordaba tener buenos amigos en la isla. Mi madre era agente de viajes y solíamos aprovechar las ofertas especiales para recorrer España y los países vecinos. Lo bueno era que mi padre y yo conocíamos muchos pueblos y ciudades. Lo malo era que mi madre rara vez podía acompañarnos porque tenía mucho trabajo. Por eso, cada

vez que regresábamos de algún viaje me encargaba de contarle cada detalle de lo que había visto. Mi memoria era perfecta, según decía mi padre. Podía recordar los nombres de los pueblos que visitábamos y la provincia en la que se encontraban; recordaba los nombres de las comidas típicas, el de las personas que conocíamos en los hoteles y hasta el de los ríos, si los hubiese. Pero lo que más les maravillaba era mi capacidad cronológica para relatar los hechos. Podía ser muy precisa en tiempos, sucesos y diálogos. Estaba segura de que lo recordaba todo. Es por eso por lo que el comentario de Nina me había sorprendido. Si de verdad tenía buenos amigos en Mallorca, tal y como se lo había referido a la azafata, los había olvidado.

Podía asegurar, en ese mismo momento, que la única persona que conocía de Mallorca era Nina. La última vez que había estado en la casa de mi abuela tenía seis años. No era tan pequeña como para haberme olvidado de las personas, pero, por alguna razón, habían desaparecido de mi memoria. De su casa recordaba los espacios, las luces, los olores, los colores, las plantas, los muebles y las habitaciones, aunque no los asociaba con otras personas. Para mí, Mallorca era Nina y su casa. Desde que tenía uso de razón solo había ido una sola vez a visitarla, pero a mi abuela la había visto muchas veces más. Las semanas en las que mi madre se ausentaba por viajes de trabajo, Nina se instalaba en Madrid para cuidarme. Tenía su propia habitación en la casa de mis padres. Durante el último año, Nina me había visitado nueve veces. Ella me hacía sentir importante. Cada palabra que salía de mi boca ella la quería escuchar y me prestaba una exagerada atención. Además, demostraba sincero interés y confianza con sus respuestas. Ella era diferente a todos los adultos que conocía. Jugaba conmigo, se interesaba por mis cosas, se reía, se divertía y me buscaba todo el tiempo. Era como una niña de mi edad disfrazada de abuela. A veces la espiaba y la veía apagada, hierática, sentada

en una silla de la habitación; entonces yo entraba y se encendía como un robot, se dibujaba una sonrisa en su rostro, sus ojos se alegraban y comenzaba a respirar. De alguna manera, yo era su fuente de energía.

Supuse que el que no recordara a más personas de la isla se debía a que las había conocido antes de perfeccionar mi memoria detallista. Llegué a la conclusión de que si Nina no hubiera ido a visitarme, también la habría olvidado. Tan solo imaginarlo me produjo un escalofrío que recorrió mi cuerpo entero. Para que nunca sucediera, le dije:

—Hoy te visito yo, pero tú no dejes de visitarme en Madrid, Nina. —Ella sonrió, aún emocionada por el reencuentro.



Nina conducía su coche mientras me contaba la conversación que había mantenido con mi madre y la alegría que había sentido cuando le dijo que yo la visitaría. La escuché con atención y la observé con admiración. Llevaba el cabello castaño recogido con una hermosa hebilla —en Madrid jugábamos a la peluquería. Yo era la primera en peinar, porque cuando le tocaba el turno a Nina, siempre me dormía con sus suaves manos acariciando mi cabello y, con la clienta dormida, se acababa el juego—; su piel dorada olía a flores y su rostro amable, adornado con una sonrisa, era una continua muestra de alegría. Nina era la mujer más buena del universo. Mejoraba el humor de todas las personas con su amabilidad. Era como un hada madrina dispuesta a ayudar para que la vida fuera menos complicada. Se notaba su presencia y su ausencia porque los días eran más felices con ella. Mi buena abuela siempre confesaba a todos que tenía una debilidad. Esa debilidad era yo, su única nieta. No había nada que la alegrara más que estar conmigo. Y era recíproco. La adoraba tanto como ella a mí.

—¡Llevas gafas! —dije. Había estado tan sumergida en mis pensamientos que no lo había notado antes.

—Solo las uso para conducir —aclaró.

—No las había visto antes.

—Porque en Madrid nunca he conducido. —Le dije que le quedaban bien y sonrió.

El trayecto del aeropuerto al pueblo donde vivía mi abuela me pareció muy largo. El aire caliente que entraba por la ventanilla quemaba mis mejillas y el radiante sol me obligaba a fruncir el ceño. Pasamos por rotondas, caminos rodeados de campos amplios y verdes e incluso vimos algunos antiguos molinos de viento. Después de atravesar una estrecha carretera llegamos a nuestro destino, un pequeño pueblo llamado San José.

Resaltaba el verde de las persianas en las paredes de marés de la casa de dos plantas de Nina. Cruzamos la vieja cancela, que estaba siempre abierta, y entramos en el jardín delantero repleto de árboles frutales, plantas de diferentes alturas y flores de distintos colores. Subimos los tres escalones del porche donde había dos sillas mecedoras que me trajeron recuerdos alegres.

—Aquí me sentaba a jugar.

—¿Te acuerdas?

Asentí. Habían pasado un par de años desde mi última visita, pero sabía que ese lugar era mágico. En mi memoria, la casa de Nina era especial y tenía la dulce e imborrable sensación de que allí había sido muy feliz.

Mi abuela abrió la puerta y entramos al pequeño y fresco salón de techos bajos, oscurecido por gruesas cortinas y bañado con el delicioso olor de la comida que se cocía en el fuego de la habitación contigua, la cocina. Mi estómago rugió y mi boca se llenó de saliva.

—Dejaré tu maleta en el rellano de la escalera y más tarde la subiremos a tu habitación, porque primero quiero que saludes a alguien que está deseando verte.

Cuando entré en la cocina, una señora que allí se encontraba gritó de alegría.

—¡Hola, Sara! ¿Cómo estás? ¿Te acuerdas de mí? Soy Marga, la amiga de tu abuela, ¿te acuerdas?

Era la primera vez que veía a aquella señora de mejillas redondas y rojizas. Tenía una nariz ancha y respingada, donde se apoyaban sus gafas, cabello corto y ondulado de color azabache y una amplia sonrisa que mostraba toda su dentadura. No la recordaba, sin embargo, la impresión que me causó fue agradable. Negué y sonreí con timidez, ocultándome detrás de mi abuela.

—No se acordará, era muy pequeña la última vez estuvo aquí hace dos años —explicó Nina.

—¿Solo pasaron dos años?

—Fue el año que hiciste pintar la fachada —aseguró Nina. Señaló una puerta y me sugirió—: Sal a jugar si quieres, Sara. Aquí puedes hacer lo que quieras. Te llamaremos cuando la comida esté lista.

—No, la pinté hace cuatro años, cuando se mudaron al barrio los González —corrigió Marga—. ¿Recuerdas que me pidieron el teléfono del pintor?

Miré la puerta que Nina había señalado y mi corazón se aceleró porque sabía lo que había del otro lado. La crucé dejando atrás a las dos mujeres que, intentando recordar la fecha exacta de mi última visita, se fueron por las ramas y terminaron hablando de los regalos de boda de cada una.



Desde la calle, la casa de Nina parecía pequeña, pero solo lo era en apariencia. Por la puerta de la cocina se salía a un enorme jardín, en la parte trasera, del ancho de toda la casa. Tenía un considerable terreno llano y verde rectangular, rodeado por un seto vivo que lucía hermosas florecillas blancas. Un cuarto del terreno estaba ocupado por el huerto de Nina. Di mis primeros pasos. Los ardientes rayos de sol impactaron en mi cabeza y, tras los minutos que había permanecido dentro de la casa, la intensa luz del exterior me deslumbró. Utilizando las manos como visera, atravesé el jardín hasta el final, donde había un gran árbol, el único árbol de la parte trasera de la casa. Era colosal. Tronco ancho, ramas altas y una gran copa verde. Lo recordaba así de grande. Se llamaba Simón y era el árbol más perfecto que había visto en mi vida. Decidí que sería lo primero que dibujaría en mi cuaderno. Me detuve frente a su tronco y sentí la notable diferencia de temperatura que había bajo su fresca sombra. Por fin nos reencontrábamos.

Una vez había tenido en Madrid una gata a la que llamé Roca porque tenía el pelo de color gris. Era una gata muy inquieta, extremadamente arisca y nunca me hacía caso. Siempre me rasgu-

ñaba con sus filosas uñas, finas como agujas. Mi padre me decía que Roca era pequeña y que solo quería jugar. Yo también era pequeña, quería jugar y no iba haciendo daño a los demás, por eso no la comprendía. Cuando Roca creció, aprendió a escalar los muros de la casa y se paseaba por los techos de los vecinos con asombrosa agilidad. Otras veces, se colaba entre los barrotes de la reja de la entrada y salía a la acera. Era traviesa. Esa gata siempre se escapaba y regresaba cuando le daba la gana. Pero, al cabo de unos meses, Roca se escapó y no regresó. A pesar de ser una gata mala, era mi mascota y tenía la obligación de cuidarla. Los siguientes días me dediqué a buscarla y a llamarla con su plato repleto de comida entre mis manos para tentarla, pero no apareció. Mi madre me convenció de que Roca había vuelto con su familia gatuna porque los añoraba mucho, así que dejé de esperarla. Aquella misma tarde, escuché a mis padres lamentándose de que la gata había muerto atropellada por un coche. No pude decir nada al respecto o descubrirían que tenía la costumbre de escuchar detrás de la puerta las conversaciones de los mayores. Fue un gran impacto para mí enterarme de su triste final. Nunca más volví a tener una mascota, no por lo que le había sucedido a Roca, sino porque descubrí a Simón en la casa de mi abuela y me adueñé de él.

Simón no era el único árbol de la casa, en el jardín delantero había un almendro y un níspero. Tampoco era el único árbol que había visto o tocado, en el parque cerca de mi casa había árboles de todos los tamaños, incluso tan grandes como Simón. Pero, para mí, los demás no eran más que unos simples árboles; en cambio, Simón era especial. Lo supe desde el primer momento. Sentí una atracción que aumentaba con cada paso que daba hacia él. Sentí su energía. Solo la de él. Recuerdo a la perfección cuando corrí hacia la casa gritándole a Nina que aquel árbol estaba vivo.